

C H I L E

Contra el nazi-fascismo

M U L

12(600-124)

Duplicado

T C O N T

ROOSEVELT, STALIN, CHURCHILL,
HEROES DE LA DEMOCRACIA

T U D

Pablo de Rokha

FRANK, el iluminado

Frank no plantea una filosofía del mundo: predica una religión; es el misionero, específicamente religioso-ortodoxo, aunque él se revele contra toda forma de ortodoxia, o, acaso, por aquello mismo.

No posee ideas, posee creencias; por eso le hieren y le duelen los planteamientos que le contradicen, y sólo entiende lo que cree y creen sus amigos.

Y no practica una doctrina, practica un catecismo literario, extraído, substancialmente, de Jacobo Böhem, de Hegel y los Profetas, de Nietzsche, o, aun de Pablo de Tarsos, y las Epístolas, a través del Croce de la "esprezione riucita" del neo-idealismo y el neo-vitalismo germano-italiano, a través de Husserl, Heidegger y el existencialismo, a través de Max Scheller y, coincidiendo con Max Eastman, con Jung, con Rodolfo Otto, con Unamuno—el de Kierkegaard y "lo agónico"—, con José Ortega y Gasset y el "esteticismo" bizantino diluido y derivado, erróneamente de Juan Bautista Vico, todos ellos hijos o padres de Henri Bergson y la Escuela que vomitó a Dionisio, el del Arcópago, todos ellos, hijastros, hermanastros, padrastrros del nazifascismo.

Su concepción de la historia es, fundamentalmente, metafísica, y tan trascendentalmente trascendental que sus grandes crisis se parecen a los grandes ciclos de Spengler, el filósofo y teórico del nazismo —padre de Rosenberg—, como los dos se parecen a Trotzky.

Maneja un vocabulario, en el cual resuenan "los arquetipos" de Platón, evocando a Plotino y a los Alejandrinos; y el Kant del "noumeno" y la "cosa en sí", el Kant destructor de sí mismo, que escribió, soñando, "La Crítica de la Razón Práctica" —confesión "celestial" del fracaso—, después de haber logrado el límite del conocimiento, se "redescubre" en Frank, escarbando el espantoso misticismo medieval de los neo-platónicos de este instante, y muestra la cara "el Nazareno" —¡oh, escolástico!— de "la Ciudad de Dios" y el del de Aquino. En "La Guerra debajo de la Guerra" (1), habló de que asistíamos al "alba de la primera Era trágica de la Humanidad", y se definió, alzando en sus manos sacerdotales, el

(1) Conferencia, en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, el 19 de Agosto del presente año.

N.º 39, Año IV, 3.er TRIMESTRE DE 1942

Un poema de Carlos de Rokha

El gran declive

Sobre un espejo en ruinas
Castillo de la miseria augusta
Podría yo dibujar sin dulzura sin error
El Sueño de los Volátiles
De súbito atrapado bajo el guante de azogue de la joven de la

[costa

En las últimas cimas
Por el perfume de una jaula de azúcar
Que no sabe más
Perderse al fin donde falte
Un jardín donde sobre el armiño
Sobre la boca del idiota

C.

de

R.

José Carlos Mariátegui

Prólogo póstumo al "Mariátegui", de Luis Nieto

(Cuzco, Perú)

Los intelectuales son, generalmente, rehacios a la disciplina, al programa y al sistema. Su psicología es individualista y su pensamiento es heterodoxo. En ellos, sobre todo, el sentimiento de la individualidad es excesivo y desbordante. La intelectualidad del intelectual se siente casi siempre superior a las reglas comunes. Es frecuente, en fin, en los intelectuales el desdén por la política. La política les parece una actividad de burócratas y de rúbulas. Olvidan que así es tal vez en los períodos quietos de la historia, pero en los períodos revolucionarios, agitados, grávidos, en que se gesta un nuevo estado social una nueva forma política. En estos períodos la política deja de ser oficio de una rutinaria casta profesional. En estos períodos la política rebasa los niveles vulgares e invade y domina todos los ámbitos de la vida de la humanidad. Una revolución representa un grande y vasto interés humano. Al triunfo de ese interés superior no se oponen nunca sino los prejuicios y los privilegios amenazados de una minoría egoísta. Ningún espíritu libre, ninguna mentalidad sensible, puede ser indiferente a tal conflicto. Actualmente, por ejemplo, no es concebible un hombre de pensamiento para el cual no existe la cuestión social. Abundan la insensibilidad y la cordura de los intelectuales a los problemas de su tiempo; pero esta insensibilidad y esta cordura no son normales. Tienen que ser clasificadas como excepciones patológicas. Tras de una aparente repugnancia estética de la política se disimula y se esconde, a veces, un vulgar sentimiento conservador. Al escritor y al artista no les gusta confesarse abiertamente reaccionarios. Existen siempre cierto pudor intelectual para solidarizarse con lo viejo y lo caduco. A la revolución no se llega sólo por una vía friamente conceptual. La revolución más que una idea, es un sentimiento. Más que un concepto, es una pasión. Para comprenderla se necesita una espontánea atitud

espiritual, una especial capacidad psicológica. El intelectual, como cualquier idiota, está sujeto a la influencia de su ambiente, de su educación y de su interés. Su inteligencia no funciona libremente. Tiene una natural inclinación a adaptarse a las ideas más cómodas; no a las ideas más justas. El reaccionarismo de un intelectual, es una palabra, nace de los mismos móviles y raíces que el reaccionarismo de un tendero. El lenguaje es diferente; pero el mecanismo de la actitud es idéntico. Recuerdo a los intelectuales el deber revolucionario de la inteligencia. La función de la Inteligencia es creadora. El ejército innumerable de los humildes, de los pobres, de los miserables, se ha puesto resueltamente en marcha hacia la Utopía que la Inteligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes, ha concebido. Abandonar a los humildes, a los pobres, en su batalla contra la iniquidad es una deserción cobarde. El pretexto de la repugnancia a la política es un pretexto femenino y pueril. La política es hoy la única grande actividad creadora. Es la realización de un inmenso ideal humano. La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria. Y la verdad de nuestra época es la Revolución. La revolución que será para los pobres no sólo la conquista del pan sino también la conquista de la belleza, del arte, del pensamiento y de todas las complacencias del espíritu. Estas palabras no se dirigen, naturalmente, a los intelectuales degradados por una larga y mansa servidumbre. No se dirigen a los juglares, a los bufones, a los certezanos del poder y del dinero. No se dirigen a la turba inepta y enmasculada de los que se contentan, rampionamente, con su oficio de artesanos de la palabra. Se dirigen a los intelectuales y artistas libres, a los intelectuales y artistas jóvenes. Se dirigen a la Inteligencia y al Espíritu.

J

C.

M.